



Sokamuturra y vaquillas

Los dos, números de fiestas ineludibles en el programa. Si me atreviera, diría que son tan imprescindibles como la Salve, la procesión o "El Centenario".

Los renterianos —posiblemente ni ellos mismos saben por qué— necesitan de este espectáculo. Es la verdad. Necesitan, mejor dicho, necesitamos, "en madalenas", sentir o ver en otros los revolcones y estropicios que hacen los bichos con cuernos. Porque esto es lo bueno; que el espectáculo consiste en ver cómo el ensogado asusta a una vieja que salió de misa en momento inoportuno, o en comprobar la resistencia de los músculos magullados "del chico de la Fulana", después que la vaquilla le pilló y le pateó las tripas.

Sí, ya sé lo que quieren decir. También digo yo lo mismo ahora. ¡Qué remedio!

Que son los jóvenes, ¿verdad? Que es que ellos necesitan gastar las energías que les sobran y no atienden más que a sus impulsos de correr, saltar y, sobre todo, enfrentarse con algo que pueda suponer una lucha. Que la violencia y el excedente de sangre que riega sus corazones,

todo el año aprisionados, encauzados en tareas que los mayores titulamos orden, seguridad, porvenir y otras cosas, aprovechan estas ocasiones de fiestas en que las familias y el pueblo —la gente mayor de las familias y el pueblo— se hacen tolerantes, para saltar el espiche que aprisiona su pecho, sus ganas, sus deseos y sus sentimientos y despacharse a gusto, sin miedo a revolcones, a "la hora de ir a casa", ni al "siete" en el pantalón.

Sí, decimos que es por ellos. Que es para que lo pasen bien y sientan la emoción de sortear con habilidad al "betitxu" o la de verse en el aire entre sus astas emboladas. No niego que ésta sea la razón principal. Pero... para mí, no creo que sea la única.

Quien quiera molestarse en examinar con detalle las fotografías que insertamos en esta página, seguramente conocerá a más de uno que —sin puntualizar, por favor— ya hace tiempo dejó de ser lo que, al menos hoy, se llama joven. Hay quien sale de casa —se lo ha pedido su esposa— para ver "qué hace el chico".

Quien el alboroto de la noche le ha espantado el sueño y prefiere levantarse. Uno que tiene afición y... añoranza. Otro que está obligado, es concejal; y otros que también tendrán muy buenas razones, la realidad es que la mañana de un día de "Magdalenas", casi de madrugada, se encuentra uno en la calle con más de medio pueblo. Jóvenes, muchos, y "menos jóvenes", cantidad.

Las vaquillas y la sokamuturra imponen su mandato año tras año y gustan a todos. Representan una tradición y, con perdón de los miembros de la "Sociedad Protectora de Animales" y otros por el estilo, creo que hasta una necesidad. Este espectáculo en el que intérpretes y espectadores se mezclan hasta no saber dónde acaban unos y empiezan los otros, es algo esencial durante nuestras fiestas y lo exigen jóvenes, mozas, maduros y... todos.

Recordamos que, no hace muchos años, la Comisión de Fiestas se decidió a prescindir de los toritos por aquello de que resultaban caros y tal. Pues, "menudas tuvieron que oír". Y las mayores no las dijeron los adolescentes, ni mucho menos. Había que escuchar a más de un calvo y un canoso protestar.

Tantas cosas tuvieron que oír los concejales, que al año siguiente no les quedó más remedio que viajar a tierras navarras de la Ribera, donde junto a montañas de pimientos y vinos recios de peleón, se crían esas vaquillas de asta fina y mala intención, que son las que gustan, y traerse algunas "royas" para contentar a los aficionados, y con ello rehabilitar su malbaratado prestigio como organizadores de fiestas.

Desde aquel año se ha continuado con el festejo. Creemos que ya no se prescindirá de él en adelante, y hacemos votos por que así sea, pues si bien es verdad que encierra un peligro —Rentería pagó también su tributo de sangre a la fiesta, que no olvidamos—, la posibilidad de un accidente no resulta tan grave como para obligar a suprimir un número de fiestas que ha adquirido tanta tradición como popularidad.

B.

